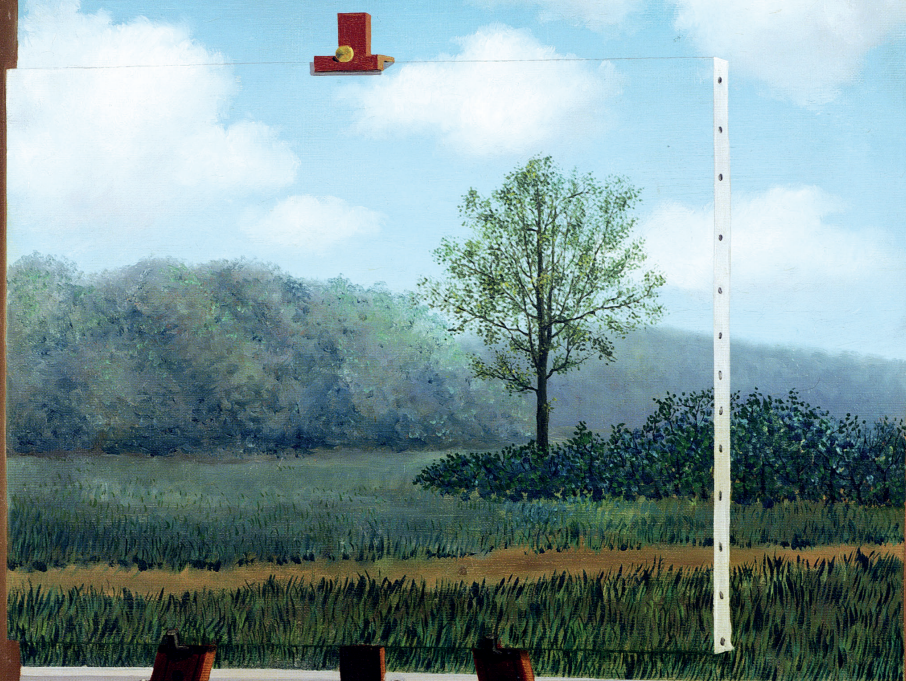




# Jaume Cabré

## Las incertidumbres



# Las incertidumbres

Jaume  
Cabré

Traducción de  
Ricard Vela

Ediciones Destino  
Colección Áncora y Delfín  
Volumen 1319

© Jaume Cabré, 2015

© Raval Edicions, SLU, 2015

© Editorial Planeta, S. A., 2015

Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S.A.

Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona

[www.edestino.es](http://www.edestino.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición: febrero de 2015

© de la traducción del catalán, Ricard Vela

ISBN: 978-84-233-4910-4

Depósito legal: B. 973-2015

Impreso por Artes Gráficas Huertas, S.A.

Impreso en España-*Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)

si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com)

o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

# I

## Como una fuente, la palabra

Cuando me libré de las tareas de corrección de las últimas pruebas de *Yo confieso*, me quedé paralizado y me pregunté qué haría con mi vida a partir de entonces. Habían sido ocho años de trabajo intenso, desde el invierno de 2003 hasta el 27 de enero de 2011, cuando me di cuenta de que cualquier intervención que pudiera hacer en el texto a partir de ese momento era para empeorarlo; entonces decidí dar la novela por definitivamente inacabada y, con el texto ya en manos del editor, iniciamos el proceso de producción del libro con el repaso y la discusión, si era necesaria, del texto línea a línea. Y cuando eso estuvo acabado, la pregunta: ¿y ahora qué? El inmenso *horror vacui* que me abrumba cuando acabo una novela. De hecho, había empezado a estrenarme en el nuevo estado civil de escritor con novela acabada y, a pesar del trabajo que me suponía eso de seguir de cerca las peripecias del texto, los interrogantes de los que cuidaban de él, las observaciones del corrector, etcétera, ya empezaba a tener por delante una nueva perspectiva de tiempo libre que comencé a llenar con unos cuantos meses de lecturas intensas para

intentar compensar, si eso es posible, tanto tiempo dedicado a la escritura con sólo unos mínimos demasiado escasos para la lectura.

Ahora bien: cuando le doy una novela al editor nunca tengo, ni puedo tenerla, una sensación de alegría o de desencanto por haberme acercado o no a lo que quería hacer. Como no parto de una idea sólida previa, no poseo ningún ideal inalcanzable como modelo al que deba aproximarme. Por lo tanto, no puedo decirme: «Esto es —o no es— lo que quería hacer». Para ser más exactos, sólo puedo decirme: «Esto es lo que he encontrado después de tanto buscar». O, tal vez: «No sabía del todo de donde salía, pero he llegado hasta aquí».

Recuerdo que durante el 2003, antes de que saliese a la calle *Las voces del Pamano* (otro momento de incertidumbre), escribí un cuento en que Nicolau Eimeric se me fundía con Rudolf Höss. Lo comenté con Vicenç Villatoro, un día que coincidimos en el tren, para responderle a la temible pregunta «¿Y qué estás haciendo ahora?». Le hablé de este hallazgo y de que no sabía si eso me llevaría o no a alguna parte. De hecho, recuerdo que me gustó la idea de la simultaneidad moral de dos personajes que tenían tanto en común que el hecho de que los separaran quinientos años me resultaba anecdótico y sin importancia. Porque ambos, Eimeric y Höss, eran *el mismo personaje*. De vez en cuando debo recordarme que el novelista trabaja con personajes, no con personas... Y que eso que los unía sólidamente a ambos era que mataban en nombre de una Idea y que, con esta coartada, se dedicaban a ello con alegría, sin ningún tipo

de escrúpulo y sin sentir empatía por las víctimas, porque eran enemigas de la Idea.

Mientras iba haciendo estos descubrimientos, participé en uno de los encuentros con escritores que Ferran Rella y Joan Blanco organizan en el Pirineo. Ese encuentro tenía su base en Sort y su nexo o tema era el Pallars. De resultas de ese encuentro, donde estableces lazos o los rehaces, o conoces gente interesante con la que no habías hablado nunca, escribí un cuento titulado «Refugi», que se ha publicado en una de las recopilaciones que se desprendían de esos encuentros, que es la historia de fray Pere, un hombre que tiene que huir por razones de amor y que cuando regresa, después de un periplo que lo lleva a Tierra Santa, se refugia, escapando de algún temor que yo no acababa de saber cuál era, en el pequeño y aislado monasterio de Sant Pere del Burgal, en el valle de Àneu.

Hoy Sant Pere del Burgal son unas ruinas consolidadas con buen criterio que lucen en el interior de su ábside central una reproducción de las pinturas murales cuyo original se encuentra en el MNAC. Durante los años que duró la elaboración de *Las voces del Pamano* subí de manera obsesiva a Sant Pere del Burgal, a buscar refugio, lejos de todo, para poder pensar sin estorbos. Y después, con la novela acabada y con la siguiente en marcha, he seguido haciéndolo. Hoy puedo decir que la manera de ser de *Yo confieso* se basa en esta presencia misteriosa de Sant Pere del Burgal en mi vida.<sup>2</sup>

2. Responsables de Escaló, la Guingueta d'Àneu y el Parc

Pero para comprenderlo es necesario haber leído la novela, que no se desarrolla en el Pallars, precisamente, como sí sucedía en la anterior, sino en toda Europa y con un énfasis especial en el Eixample barcelonés.

Sé que iba escribiendo a ciegas estos personajes que he citado antes, sin preguntarme hasta dónde podían llevarme. Un día me di cuenta de que podía relacionar al personaje de «Refugi» con el inquisidor Eimeric y las páginas que le había dedicado. Durante muchos años, Burgal y fray Pere me han acompañado fielmente mientras la novela, en la que ya dominaban Adrià Ardèvol y Bernat Plensa, sin que pudiera saber todavía cuál de los dos era su verdadero protagonista, iba tomando cuerpo y yo descubría nuevos personajes y nuevos recovecos. No fue hasta que acabé de hilvanar toda la historia cuando le cambié el nombre a fray Pere, al que ya había nombrado ayudante de Eimeric, que pasó a llamarse fray Miguel, como dominico, y, ya en el Burgal, como benedictino, fray Julià. Y le cambié los temores con que había nacido en el cuento. El caso es que sufría.

Otro espacio esencial de la novela es Tübingen. El Brechtbau, pero también el cementerio. He estado varias veces en Tübingen. Y en el muy cercano pueblecito de Bebenhausen, donde se encuentra un

---

Natural de l'Alt Pirineu organizaron un encuentro con lectores de *Yo confieso* en Sant Pere del Burgal. Una tarde lluviosa de verano, más de doscientas personas subieron hasta el monasterio con paraguas y muchas ganas de hablar del libro. Y acabamos bajando cuando ya era de noche. Son esas alegrías que te reservan los lectores y que hacen que el paraje solitario de Sant Pere del Burgal tenga una presencia aún más fuerte en mi vida.

monasterio que visité un día de frío obscuro y que se me ha quedado grabado en la memoria. Fui con Isidor Cònsul y su mujer, Romi. Ya estaba escribiendo la novela, pero no sospechaba que, atando cabos sueltos, el monasterio acabaría teniendo su importancia. Hace poco volví al cementerio y al monasterio de Bebenhausen con Margarida y con el profesor Johannes Kabatek. Lo he visitado tantas veces con la imaginación que, al volver a verlo al cabo de unos años, lo encontré demasiado cambiado... Me dieron ganas de tirarles de las orejas a los responsables municipales...

Bebenhausen, Bebenbeleke, Tübingen, Sant Pere del Burgal... y un piso del Eixample barcelonés que iba adquiriendo cada vez más importancia. Con estos elementos desligados ya tenía materia para ir construyendo un mundo. O para intentarlo. Ahora mismo, más que contento, me siento liberado, o descansado, porque este mundo —que no sabía cuál era y que acabó siendo Europa— ya está construido. Es bueno, no lo es, es necesario, o no... El caso es que ahora queda en manos de quien quiera leerlo, y yo, como hizo fray Miquel pidiendo amparo en el monasterio de Sant Pere del Burgal, puedo refugiarme de nuevo en la lectura, que es mi alimento. A veces pienso que, sin pretenderlo previamente, escribo novelas cada vez más largas porque es la mejor manera de ganarme una generosa temporada dedicada a la lectura, sin remordimientos por el hecho de no escribir. Tengo tan metido en la cabeza el deber de la escritura, que no hacerlo me produce un cierto —y a menudo injusto— malestar.

Pese a que es un género que no domino, a veces



he cedido a la demanda de escribir artículos para la prensa. Hacer un artículo me cuesta muchísimo y compadezco a los que tienen que hacerlo diariamente. Ya sé que Josep Maria Espinàs prorrumpiría en risas si leyera esto; pero cada uno es cada uno. Durante un tiempo estuve escribiendo, con esfuerzo, artículos para el suplemento de cultura del diario *Avui* que me servían para pensar sobre cosas del oficio. Cosas que quizá había dicho en alguno de mis libros de reflexión sobre el oficio de escribir, de crear y de vivir, o cosas que quería recordar para decir las más adelante en un nuevo libro como el que estoy elaborando. Y, a tenor de todo lo que he escrito hasta ahora, se me ha ocurrido que alguna de las ideas que estoy rumiando ya las había expresado en alguno de aquellos artículos. Los reproduciré de vez en cuando, tal como aparecieron o modificando su formato para quedarme con sus tripas. Anunciándolos o integrándolos en el texto. Uno de ellos lo escribí cuando estaba bastante adelantado en la elaboración de lo que acabaría siendo *Yo confieso*. Era acerca de una idea que había descubierto, no sabría decir cómo, pero que los violinistas o, si se prefiere, la gran mayoría de los instrumentistas tienen clara desde el primer momento. El hecho mismo de verbalizarlo me hizo construir aspectos argumentales que no sabía cómo concretar. Reconozco que recibí una ayuda bastante especial: la del gato de casa. Iba a decir «mi gato», pero eso habría sido mentira. He descubierto que el gato me llevó a mirar el caleidoscopio al revés, como el día que un violinista joven pero en plena carrera me comentó que en un par de meses tenía que

devolver el guarneri con el que había tocado esa noche memorable y que era el que utilizaba en ese momento porque había ganado la posibilidad de poseerlo durante cuatro años en un concurso.

—Caramba, qué pena, ¿no? —le dije yo, siempre con tanto tacto.

—¿Pena? ¡Al contrario! ¡He tenido el privilegio de convivir con este magnífico instrumento durante cuatro años! ¡Seguro que esto me habrá ayudado y me ayudará en mi carrera!

Un violinista y un gato me impulsaron a mirar las cosas desde otros ángulos distintos a los habituales. Lo comenté en confianza con mis personajes que ya vivían en *Yo confieso*, y estos, sin encomendarse a nadie, utilizaron mis reflexiones como si fueran suyas. No puedes fiarte ni de tus personajes.

Lo que les conté es que en ocasiones es bueno mirar el mundo desde otro ángulo. De la misma forma que he de aceptar que nunca he tenido un gato, sino que, en un período bastante largo de mi vida, he estado al servicio de un gato que me permitía, con una cierta displicencia, que yo viviera en mi casa con él, los violinistas, violonchelistas o violistas que tienen la suerte de usar un instrumento con pedigrí, de esos que valen una fortuna inalcanzable y que, normalmente, son legados de instituciones para un largo período de tiempo o para toda la vida activa del instrumentista que se lo merezca, tienen una relación parecida con el instrumento. Los violines no son de los violinistas: los violinistas son de los violines. A lo largo de la larga vida de un violín, diversos intérpretes de vida limitada intentan sacarle el mejor sonido

y un buen día desaparecen de su lado y son sustituidos por otro instrumentista. Y el instrumento, como ciertos vinos con cuerpo, como algunas personas, mejora con el tiempo.

Reviví esta experiencia más hacia acá: Helena Sattué, para rematar una conversación pública que habíamos mantenido el profesor Xavier Pla y yo en el Kosmópolis del CCCB, nos regaló la chacona de la segunda partita; admirable, segura, rotunda, intensa, sensible... Eran sus últimos meses con el guarneri que tocó aquella tarde. Ella sabe que la mayoría de los jóvenes de su edad ahorra para solucionar el problema del piso; ella ahorra para poder comprarse un buen violín con años encima; y sí, está contenta y feliz de haber tenido el privilegio de acompañar al violín durante un fragmento de su largo currículum y de crecer a su lado y en parte gracias a él.

Tanto hablar de violín me ha abierto el apetito; con la magia de la técnica, me he regalado un buen recital para saciarlo: tres cuartetos de Beethoven interpretados por el Cuarteto de Budapest, una formación que nació en 1917 con tres húngaros y un holandés y que durante sus primeros veinte años de vida fue sustituyendo a sus componentes fundadores por intérpretes siempre rusos, haciendo variar, lógicamente, su tradición interpretativa hasta llegar a la que los consagró. Hasta su disolución en 1967, el Cuarteto de Budapest se convirtió en una referencia de la forma de entender la formación del cuarteto de cuerda. A su sonido maravilloso ayudaba que tocaban con cuatro Stradivarius propiedad de una fundación americana.

Si observamos la trayectoria de otros cuartetos de cuerda veremos que les pasa lo mismo que a los okupas de violines famosos: el Cuarteto Joachim (en activo entre 1851 y 1907) sólo conservó siempre a su primer violín (Joseph Joachim). Pero diversos violines segundos, violas y violonchelos pasaron por la formación, sirviéndola en distintos países y reproduciendo su estilo fundacional. O el Cuarteto Húngaro, en activo entre 1935 y 1970 y servido también por diversos intérpretes. O el Cuarteto Juilliard, o el Pro Arte, o... El nombre de la formación sobreviviendo a sus componentes, tal como el instrumento sobrevive a los intérpretes.

Los instrumentistas de grupos estables de cámara y, concretamente, los de un cuarteto de cuerda, la formación más comprometida, más difícil y más placentera de interpretar y de escuchar, deben tener la categoría profesional de solistas pero, primordialmente, tienen que saber emplear la formación; saben que están construyendo un ente vivo, al que le imponen un nombre, y saben que si consiguen darle continuidad y categoría artística, esa entidad irá adquiriendo voluntad propia, formada por el poso de las horas de ensayo, de discusión del repertorio, de discusión sobre un planteamiento estético, de visitas de formación en los ámbitos de otros cuartetos más reconocidos, de probaturas, de crisis, de peleas, de cambios de liderazgo, de rupturas y cambios de personas, de muerte de alguno de los componentes... Mientras hablo de esto me resulta inevitable pensar en *Una música constante*, la magnífica novela de Vikram Seth cuyo protagonista es segundo violín de un cuarteto estable.

En algunas ocasiones se han montado cuartetos de lujo. ¿Podemos imaginar a Haydn (violonchelo) y a Mozart (viola) tocando juntos en un cuarteto? Eso se llevó a cabo con los compositores y violinistas Jan Vanhal y K. D. von Dittersdorf en la década de los ochenta (del XVIII), en un momento en que el mismo Haydn ya había establecido la personalidad propia de esta formación de cámara. Precisamente de esta época son los seis cuartetos que Mozart le dedicó a Haydn, maestro, amigo y colega circunstancial de cuarteto. Pero estos casos excepcionales, curiosos, no se dan con la pretensión de constituirse en formación estable, sino para pasarlo bien o, en otras ocasiones, para llevar a cabo giras esporádicas.

Hoy, cuartetos más jóvenes, como el Hagen (¡ahora me doy cuenta de que hace ya treinta años que echaron a andar!) y, aún más, el Casals (ahora también caigo en la cuenta: ya no son tan jóvenes), están siguiendo una trayectoria impecable. La trayectoria de este último me sorprende mucho: se fundó con chicos de veintipocos años; ahora rondan la cuarentena y, como puede leerse en una cita que aparece en su web, «están tocando juntos sólo desde el año 1997 y suenan como si hubieran estado tocando desde hace media eternidad», que es uno de los mejores elogios que puede hacerse de un cuarteto. Los cuartetos que hacen historia están formados por instrumentistas de alto nivel que dejan de lado su posible carrera sistemática de solista y dedican casi todos sus esfuerzos profesionales al cuarteto. Son primeros espadas que se presentan siempre en grupo. Hace poco volvía a escucharlos en directo en Vilabertran:

aún más maduros, más globales, más admirables. Y, afortunadamente, bien cerca emergen nuevos cuartetos de músicos jóvenes y de futuro esplendoroso, como el Quixote o el Gerhard, por ejemplo, que me enamoraron hace pocos meses. Por cierto: un día en que filosofaba, Jascha Heifetz dijo: ¿qué hace un ruso solo? Es un anarquista. ¿Qué hacen dos rusos? Juegan al ajedrez. ¿Y qué hacen tres rusos? Una revolución. ¿Y cuatro rusos? El Cuarteto de Budapest.

Escuchando mucha música, *Yo confieso* iba naciendo a partir de unos estímulos que podría llamar rurales e históricos, por influencia, seguramente, aunque fuera un eco lejano, de los siete años de inmersión en el mundo de *Las voces del Pamano*. Hasta que, sabiéndome perdido entre inquisidores y monjes lejanos en el tiempo y en el espacio, en un acto de rebeldía decidí que la calle València esquina con Llúria debía ser un centro neurálgico de la novela. Y me vi reviviendo mis años decisivos (infancia y juventud) pasados en el Eixample.

Un amigo mío, nacido en Cuenca, que hizo sus estudios universitarios en Zaragoza y que es castellanense desde hace mil años, siempre me dice que, como afirma Max Aub, eres de donde has cursado el bachillerato. Siguiendo esta premisa, que a mí me parece rotundamente plausible, soy barcelonés sin remedio, por más que haga cuarenta años que no vivo en Barcelona y que considere un honor que me tengan por tarrasense y matadeperense. Por eso, para reencontrarme, elegí el pedazo del Eixample barce-

lonés en que nació y crecí, para tener donde agarrarme, ya que Eimeric, fray Miquel o Rudolf Höss estaban demasiado alejados de mí.

Al revivir la vida del Eixample, recordé que cuando yo era pequeño algunas calles se llamaban de manera distinta a la actual, y también me acuerdo de que mis padres nos decían que esas calles tenían otros nombres antes de la guerra, pero que los fascistas los habían cambiado. En seguida me vino a la cabeza la reflexión que ya había usado en *Las voces del Pamano* sobre la importancia del nomenclátor de las calles. En la novela, una de las primeras escenas es aquella en que el consistorio de Torena, surgido de las primeras elecciones democráticas después de la dictadura, cambia los nombres de las calles que tenían connotación franquista, que habían sustituido, a su vez, al terminar la guerra, a los que tenían algún sentido democrático, de catalanidad y de relación con la República. Cuando las cosas vienen mal, los primeros en sufrirlo son los nombres de las calles. Pero no todos. Recuerdo que para mí, cuando era pequeño, Ausiasmarc era el nombre de una calle, como Aribau o Ruggedafllò. En ningún momento se me ocurrió pensar que fueran nombres de personas y que alguna razón habría para que se bautizaran las calles con sus nombres. El nomenclátor dibuja el talante de la villa. Que la toponimia urbana marca la vida de los súbditos también lo saben las dictaduras, y por eso una de las primeras cosas que hacen es rebautizar calles y plazas con los nombres de sus héroes. Cuando el régimen cae (todos los regímenes caen: siempre triunfa el tiempo) es necesario cambiar los nombres

de las calles porque producen mal efecto. En mi infancia barcelonesa, a la Gran Via la llamaban avenida de José Antonio, y a la Diagonal, avenida del Generalísimo Franco. Qué lejos que me queda todo eso... Bueno: lo ponía en las placas clavadas en la pared y en los papeles oficiales, porque todo el mundo, sin excepción, decía Gran Via y Diagonal. En mi infancia barcelonesa un día me di cuenta de que Ruggedaflo y Ausiasmarc (el régimen franquista no los cambió por pura ignorancia de los censores, o porque la antigüedad no les parecía peligrosa) eran nombres de personas y que debían escribirse Roger de Flor y Ausiàs March. Y aprendí que uno era un almogávar heroico y ambicioso y el otro un poeta triste e inmenso. Y que Aribau era el nombre de otro poeta, como también lo era el del paseo y la plaza de Maragall.

Más adelante supe que Ausiàs March, el poeta triste e inmenso, era quien había escrito aquello de *Jo son aquell pus extrem amador*, o, para dejarlo más claro, *Jo só aquest, que em dic Ausiàs March*. No sé si alguien se ha entretenido en ello, pero un estudio bien planteado sobre los nomenclátos dedicados a la literatura de los municipios del país nos reportaría sorpresas y descubrimientos. Y carencias. Llull, Verdager, Martorell, Guimerà, Joan Fuster, Rodoreda, Espriu, Foix, Vicent Andrés Estellés, Carner, Ausiàs March, Muntaner, Aribau, Joan Alcover... Estos son los nombres que hemos visto repetidos en muchos lugares.

Denominar una calle con el nombre de un escritor es honrar al escritor y honrar a la población que lo hace, que se reconoce como lectora. (En fin, la frase me ha salido muy optimista, pero no la quiero eli-



minar: soñemos que el colectivo que elige el nombre de un escritor es que se reconoce como lector.) Llevando la buena nueva por estos mundos de Dios he tenido el privilegio de dar charlas de divulgación e introducción a Llull, a Guimerà, a March o Verdguer, entre otros. Normalmente, allá donde iba existía la plaza Mosén Cinto, la calle Ramon Llull o la avenida Ausiàs March. Y la gente que venía a escucharme ya sabía que hablaríamos de alguien muy importante, pero en la mayoría de los casos no le habían leído un solo verso ni por asomo, aunque vivieran en el paseo de Àngel Guimerà. En la charla leíamos al autor, lo descubrían y les gustaba; se trataba de eso, está claro. Y si se me permite un paréntesis totalmente personal, no puedo abstenerme de expresarlo: es sobre los nombres de escritores que bautizan la toponimia de las localidades. Hace unos años me invitaron a la Biblioteca Jaume Fuster (en los Josepets, en Barcelona) precisamente para la presentación de *Yo confieso*. Aún no había tenido ocasión de visitarla. Recuerdo que llegué con tiempo de sobra y que, contemplando la puerta principal, con el nombre de «Biblioteca Jaume Fuster», me emocioné, porque Jaume era un amigo, un buen amigo que murió demasiado pronto para la tarea que aún quería llevar a cabo y que todos queríamos que hubiera llevado a cabo. Hacía ya tiempo que oía frases como «He ido a la Fuster, que había un ciclo de...». «En la Jaume Fuster, encuentro de poetas de...» «Ah, ¿sí? ¿Has ido? ¿Dónde está?» «En los Josepets.» Y siempre pensaba más en Jaume que en la nueva y espectacular biblioteca barcelonesa que lleva el nombre de

un escritor barcelonés de los pies a la cabeza, que nació y creció en la calle Tallers. Os invito a buscar (la calle Tallers no es muy larga) y a contemplar la sencilla placa sobre la puerta del edificio en que nació. Hace un momento he usado a posta el término *Josepets* como barcelonés que se jacta de tener un buen currículum; cuando era pequeño, al barrio dels Josepets sólo se le llamaba así, aunque oficialmente, antes de que maltratasen y martirizasen urbanísticamente el lugar, ya se conocía como plaza Lesseps.

En Argentona hay una urbanización cuyas calles, todas, están bautizadas con nombres de escritores. El responsable de ello, el tenaz estudioso Llorenç Soldevila, se afanó para que fuera así. Da gloria pasar de Rodoreda a Pla y girar por Espriu para ir a encontrarse con Verdaguer. (Cuando llegue a Verdaguer, la tercera casa: no tiene pérdida; sí, sí, antes de llegar a Miquel Llor.) En la Villa Olímpica de Barcelona hay también un buen número de calles nuevas con nombres de escritores. Cuidemos la memoria de nuestros escritores, porque crean y alimentan nuestro imaginario. Pertener a una comunidad lingüística que cuenta en su patrimonio literario y moral con novelas contemporáneas como *Canto rodado*, *La mula vella*, *Ventada de morts*, *Los colores del agua* o *Camino de sirga* me llena de orgullo.

Ya sé que no es lo mismo, pero no puedo dejar de decir que en Terrassa hay un café, creo que ya son dos locales, que se llama Les Lletres y que sirve bocadillos con nombres de escritores. El primero de los locales se estrenó en el Passeig de les Lletres, que es

un paseo nuevo, aireado, que se ha abierto entre los solares de dos antiguos «vapores» (uno de los cuales me inspiró *La telaraña*) y que se llama así porque allí, en el solar de Torredemer, se ha construido la Biblioteca Central de Terrassa. Si Sunset Boulevard es lo que es y la gente se emboba mirando las estrellas, a quiénes están dedicadas e historias parecidas, me parece bien que se recuerde con una cierta despreocupación a los grandes nombres de la literatura, un patrimonio propio absolutamente exportable al resto del mundo. Y más en un café que está al lado del Instituto Montserrat Roig. Que la Roig dé nombre, además, a un bocadillo crujiente, o que Foix sea un poeta inolvidable, pero también un bocadillo de queso con anchoas, me parece formidable. En cambio, Gabriel Aresti escribió un día:

Jainkoak eztezala nahi Bilboko karrika bati  
nire izenik eman diezaiotela.  
(Eztut nahi bizargile hordi batek esan dezala:  
'Ni Arestin bizi naiz, anaiaren  
koinata nagusiarekin. Badakizu. Maingua'.)

No quiera Dios que pongan mi nombre a una calle de Bilbao. / (No quiero que un barbero borracho pueda decir: / Yo vivo en Aresti con la cuñada / vieja de mi hermano. Ya sabes. Con la coja.)

Seguro que los hay que anhelan que les dediquen una calle; oye, tiene su gracia. Aresti se adelantó a la posibilidad y dejó por escrito que no lo quería. El pobre Gabriel Aresti tiene hoy una porrada de calles

a su nombre en el País Vasco y me parece requete-bién. Aunque sea muy probable que en alguna de las muchas calles Aresti viva algún barbero borracho.

Esto que he escrito, que es levantar castillos en el aire, lo reconozco, es rendir homenaje al valor de los nombres. No se trata de una manía de escritor sino de ciudadano. En las tumbas se suelen grabar los nombres de los difuntos; en los memoriales, el mejor homenaje que puede hacerse es grabar los nombres de los protagonistas. En los actos de recuerdo de barbaries, por ejemplo en la ceremonia en memoria de los muertos del atentado a las torres gemelas de Nueva York, el plato fuerte es la lectura de los nombres de las víctimas, aunque pueda llevar horas. Decir su nombre es una manera de hacerlos vivir durante unos instantes mediante el poder de la palabra. Por eso, en *Las voces del Pamano*, como dedicatoria de la primera parte cité un verso de un poema de Joan Vinyoli del libro *Tot és ara i res*. Reproduzco su comienzo:

BEMPFLINGEN, MATINADA

Mathilde, Bernhard, Barbara:

noms ajaguts coberts de flors.

Comença al Glockenturm la clara festa  
de les campanes.

Es va fent de dia,

blau llosc, primer, i a poc a poc. Pertot,  
silenci d'herba saturada.

(...)<sup>3</sup>

3. «BEMPFLINGEN, AMANECER // Mathilde, Bernhard, Barbara: / nombres que yacen cubiertos de flores. / Co-

Me había gustado tanto ese «noms ajaguts coberts de flors», referido a las lápidas del cementerio de Bempflingen, que durante un tiempo le daba vueltas a la posibilidad de que ese verso acabara proporcionándome el título de la novela, sobre todo teniendo en cuenta la presencia visual de las lápidas al final de cada parte. Me contenté con bautizar una de las partes como «Nombres por los suelos» y con poner el verso como epígrafe de otra de las partes.

Ahora no sé qué estoy haciendo, hablando tanto de *Las voces del Pamano*. Es cierto que después del esfuerzo que me supone hacer una novela, he adquirido la costumbre de escribir después un texto de reflexión que me ayude a llevar un luto razonable, que me sirva para alejarme sin excesivos traumas de la novela y de los personajes con los que he convivido durante muchos años. Y, claro, he empezado por hacer referencia a *Yo confieso*, pero la novela anterior también ha querido meter la nariz aquí, y aquí la tenemos. Poca broma: las dos novelas mencionadas me han ocupado, casi sin solución de continuidad, no menos de quince años. Lo digo sin ánimo de queja, porque estos quince años de incertidumbres y de profundas alegrías, de desorientaciones, descubrimientos, sorpresas y decepciones, también me han servido para eso que valoro tanto, que no es redactar una novela, sino conseguir que durante unos años de mi vida en evolución,

---

mienza en el *Glockenturm* la clara fiesta / de las campanas. / Se va haciendo de día, / azul cegato al principio, y despacito. Por doquiera / silencio de hierba saturada. / (...)» Del libro «Todo es ahora, y nada también», traducción inédita de Orlando Guillén. (*N. del T.*)

la novela crezca y madure *connigo*. Me imagino que sería incapaz de eso que hacen muchos colegas de encerrarse unos meses para redactar la novela que llevan en la cabeza o en esquemas bien trabados; meses de trabajo que deben de ser intensísimos y llenos de gratificaciones. Yo prefiero llevarme la novela, deshilachada y sin forma, al tren, al metro, de compras, o pensar en ella cuando friego los platos, o cuando voy por la calle o, ¡ay!, en alguna conferencia muy aburrida. Y noto cómo va creciendo a medida que ella y yo vamos viviendo. La hago solo, claro, pero en el ambiente de casa, con las interferencias familiares lógicas y con los hombres de Porlock que la vida nos hace inevitables. Solo y escribiendo siempre en papel, mañana o tarde, o descubriendo, en instantes de reflexión lejos de casa, secretos impensables que tengo que trasladar al papel enseguida. Porque escribir es como respirar y el texto crece conmigo y con mis descubrimientos y mis desorientaciones vitales.

He leído, en un texto precioso de Josep M. Nadal,<sup>4</sup> que no hay nada que nos vincule tanto a los muertos como la lengua. Es aquella idea muy relacionada con la muerte de las personas, pero también de las lenguas, y que expresa con palabras de Rachel Ertel referidas al yiddish, un idioma que ahora, en estos momentos en que escribo y en que el lector me está

4. «*I si escric llengua, veus?/el dolor em trenca l'ànima.*» *Per què vivim les llengües amb tanta passió?* [«Y si escribo lengua, ¿ves? / el dolor me rompe el alma.» ¿Por qué vivimos las lenguas con tanta pasión?] IEC, Barcelona 2012. Es justo decir que este título toma prestados unos versos del poema 'Quatre paraules' de Narcís Comadira.

leyendo, se está muriendo: «Elle ne peut pas ne pas avoir été... Aujourd'hui ce n'est donc pas le yiddish qui se transmet. C'est son absence. Et cette absence est héréditaire».

La literatura me ha llevado a pensar en los muertos, y los nombres tendidos, los nombres de los muertos, me devuelven a la literatura. Los nombres son palabras y, si bien con las palabras empezamos a tener mundos, para tener historias, como dice Nadal en el texto antes citado, nos hace falta la sintaxis. Y con la muerte de una lengua también mueren las historias que se han compuesto en ella. Pienso en eso, y he querido señalar la situación del yiddish porque hace poco he leído una novela larguísima, según como demasiado estirada, excesiva, pero que tiene la virtud de ser la expresión literaria del mundo de los cuadros de Marc Chagall; un mundo (expresado en una lengua) de los judíos de Europa central, que ha desaparecido como resultado del Holocausto o como consecuencia de la dispersión y la emigración de los supervivientes. La novela, *La familia Máshber*, está escrita en yiddish por Der Níster (que significa «El oculto»), seudónimo del escritor ucraniano Pinjas Kahanovich, primero víctima del nazismo, y después del estalinismo.

Esta novela, escrita en los años treinta del siglo XX, en que aparece, como si fuera una profecía, el fantasma de la crisis financiera y moral que hoy domina el mundo occidental, me ha dejado un regusto agridulce porque, para mí, no está narrativamente bien resuelta, y, pese a ello, desprende una fuerza testimonial que ha hecho que me rinda como lector.